

PREFACIO A LA EDICIÓN MEXICANA

La originalidad de este libro estriba en toda la investigación necesaria para recoger, adobada a mi manera, una pequeña parte de la sabiduría acumulada durante siglos de filosofía clásica, más extensamente recogida por los tratados y manuales, tan sólidos y queridos, a los que me remito en las citas y las notas.

Mis amigos, mis estudiantes, mis lectores, han sido amablemente receptivos con la primera edición y en tal manera que han provocado algo inédito en mi biografía: que tenga que dar a la imprenta una segunda. Esta segunda edición chilena, ampliada y corregida, es la que las prestigiosas editoriales de la Universidad Nacional Autónoma de México y de la Universidad Católica de Chile ponen, en generosa edición conjunta, al alcance de la mano del público mexicano, que desde hace años ha mostrado su benevolencia hacia el autor. Ahora hemos ampliado las fuentes y redondeado algunas ideas. Aparte de añadir aproximadamente ochenta obras a la bibliografía y casi doscientas citas y notas, he redactado otra vez los párrafos que fueron poco comprendidos por mis estudiantes y he ofrecido algunas explicaciones adicionales.

En la preparación de esta edición mexicana he contado con el apoyo de la Facultad de Derecho de la Pontificia Universidad Católica de Chile, que agradezco en las personas de Gabriel Bocksang, decano, y de Felipe Widow, director del Departamento de Fundamentos del Derecho, quienes me han permitido dedicar tiempo a la investigación necesaria para actualizar este libro y para impulsar simultáneamente otros proyectos. Agradezco también al Fondo Nacional de Ciencia y Tecnología de Conicyt Chile, por financiar el proyecto Fondecyt 1181573, que toca algunos de los temas actualizados en la presente edición.

De manera especial reconozco al licenciado Raúl Márquez Romero, secretario técnico del Instituto de Investigaciones Jurídicas de la UNAM, y a doña María Angélica Zegers Vial, directora de Ediciones UC, por acoger nuestra iniciativa de una edición conjunta de esta obra en México. La idea surgió en el contexto de mis visitas al Instituto de Investigaciones Jurídicas de la UNAM, a cuyo director, profesor Pedro Salazar Ugarte, manifies-

to aquí mi gratitud. Sobre todo, quisiera manifestar mi profunda estima y agradecimiento al profesor Javier Saldaña Serrano, quien me ha invitado a enseñar ocasionalmente, junto con él, a sus alumnos de la Facultad de Derecho de la UNAM. Los estudiantes de derecho de la UNAM y de la UC merecen también mi gratitud por todo cuanto he aprendido de sus inquietudes. Con sus preguntas exigentes y sinceras, inteligentes y respetuosas, han confirmado la oportunidad de esta obra y la urgente necesidad de que la filosofía sustituya a la sofisticada, a la propaganda ideológica que tantas veces confunde a nuestros jóvenes. Toca a la benevolencia de los futuros lectores ponderar en qué medida seguimos por esa senda, porque en cada una de estas páginas se asomarán a nuestras clases y compartirán el amor a la verdad de quienes estuvimos en ellas, uno como profesor, otros como alumnos, y todos aprendiendo los unos de los otros en una creciente amistad académica y personal.

Finalmente, Francisco Javier Valdés Costa ha sido, en esta ocasión, el ayudante de investigación a quien debo sumo reconocimiento por quemarse las pestañas buscando libros, páginas y referencias remotamente recordadas. Lo más difícil fue encontrar una cita de Juan de Salisbury, aquella donde recoge la sentencia de su maestro Bernardo de Chartres, quien decía que *somos como enanos a hombros de gigantes y solo por eso podemos ver más lejos*. Si de alguien es eso verdad, que es un enano asombrado ante las alturas del pensamiento clásico, es de quien se ha atrevido a sintetizar tanta filosofía en tan poco espacio. El asunto es que, trabajando los dos mano a mano, tardamos un día completo en encontrar la dichosa cita de Juan de Salisbury, en su latín original, y antes en castellano y en inglés. Luego vimos que gastar tantas horas en una sola referencia era algo desproporcionado; que no había que repetir la gracia so pena de no terminar nunca. Así que acuñamos dos expresiones nuevas en la historia del pensamiento: “Hacer una Salisbury”, que es lo que nunca se debe hacer: obsesionarse con encontrar una cita (o cualquier cosa) de la que cabe prescindir, y “Aplicar la navaja de Salisbury”, que es la operación inversa y de sentido común: desistir de hacer algo para lo que no tenemos ya los recursos o el tiempo razonable.

Y eso es lo único original en este libro. Lo demás es plagio. Y las alabanzas son calumnias.

Cristóbal ORREGO

Ciudad de México, 23 de agosto de 2020